

Juana de Rojas: una mujer emigrante, empresaria y matriarca del siglo XVII

Guillermo Lohmann Villena

Academia de la Historia
Lima

Enriqueta Vila Vilar

EEHA-CSIC
Sevilla

Hasta hace sólo unas décadas, la mujer, salvo contadas excepciones de personajes destacados, había pasado por la Historia como sujeto pasivo.¹

1 La historiografía que contempla a las mujeres en primer plano es una corriente relativamente reciente, promovida por el movimiento feminista y que se consolidó en la década de los '60 del siglo XX a través de revistas especializadas inglesas y francesas. En estos años, se celebraron las primeras conferencias internacionales sobre historia de las mujeres, siendo los países anglosajones los pioneros, aunque actualmente los franceses se han puesto a la cabeza. Es sólo a comienzo de los años ochenta cuando en España prosperan los estudios sobre la mujer, gracias a los trabajos de diversos seminarios entre los que cabe destacar el de la Universidad Autónoma de Madrid y el Seminario de la Donna de Barcelona. Véase Ortega López, Margarita: "Una reflexión sobre la historia de las mujeres en la edad moderna", *Norba. Revista de Historia*, n.ºs. 8-9, 1987-88, págs. 159-168. Por su parte, el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid ha sacado ya varios tomos de actas de Congresos interdisciplinarios, que celebran cada año. Por su interés, citaremos los volúmenes por el orden en que han ido apareciendo: *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, Actas de las primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Seminario de Estudios de la mujer, UAM, Madrid, 1982, 2 vols.; *El uso del Espacio en la vida cotidiana. Ordenamiento Jurídico y realidad social de las mujeres. Literatura y vida cotidiana*, Actas de las cuartas Jornadas..., Madrid-Zaragoza, 1986; *El trabajo en las mujeres: siglos XVI al XX*, Actas de las sextas Jornadas..., Madrid, 1987; *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, Actas de las séptimas Jornadas..., Madrid, 1989; *Las mujeres en las ciudades medievales. La imagen de la mujer en el arte español*, Actas de las terceras Jornadas..., Madrid, 1990; *La mujer en la Historia de España (Siglos XVI al XX)*, Actas de las segundas Jornadas..., Madrid, 1990; *Los estudios sobre la mujer: De la investigación a la docencia*, Actas de las octavas Jornadas..., Madrid, 1991; *Las mujeres en la opinión pública*, Actas de las X Jornadas..., Madrid, 1995. También ha habido algunos seminarios específicos sobre Andalucía; mencionaremos, entre otros, *Las mujeres en la Historia de Andalucía*, Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, vol. II, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Caja Sur, Córdoba, 1991; *Las mujeres en Andalucía*, Actas del segundo encuentro interdisciplinario de estudios de la mujer en Andalucía, Diputación provincial de Málaga, Málaga, 1993, 4 vols. Sobre América también la bibliografía sobre la mujer ha proliferado en los últimos años. Un trabajo pionero fue el de Lavrín, Asunción: *Latin American Women. Historical perspectives*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1978. Poco antes había aparecido el de Pescatello, Ann: *Power and Pawn. The Female in Iberian Families, Societies, and Cultures*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1976. Después han seguido bastantes, entre los que cabría

Gonzalbo Aizpuru, Pilar & Ares Queija, Berta (coords.): *Las mujeres en la construcción de las sociedades iberoamericanas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-EEHA / El Colegio de México-CEH, Sevilla-México, 2004.

Habían estado interviniendo en la política, en la economía, en la sociedad, en la cultura, en la religión, en las costumbres, sin que su voz se dejara oír. Probablemente había influido en ello el estereotipo que crearon los escritores del Siglo de Oro,² que presentaron una imagen absolutamente maniquea que las convertía irremediabilmente en buenas –aquellas que aceptaban el papel que la sociedad les imponía en la casa o el convento– y malas –las que se atrevían a transgredir las normas. La historiografía más reciente reconoce por fin el papel activo de la mujer en la historia de forma que su implicación no es menor que la del hombre y que ha intervenido en las transformaciones sociales, económicas y artísticas no sólo a través de su posición en el hogar, de la educación de los hijos, de su labor religiosa y de mecenazgo, sino también en instituciones como conventos, colegios y hospitales, así como en movimientos sociales y religiosos.³

Papel preponderante les tocó jugar a las mujeres instaladas en las clases altas de la sociedad a través de las alianzas familiares, la constitución, junto a sus esposos de los mayorazgos, la fuerza de la dote, el ennoblecimiento del linaje o la labor de mecenazgo.⁴ Y de todas ellas, Juana de Rojas

destacar: Borges, Ana Lola: “La mujer pobladora en los orígenes americanos”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XXIX, 1972, págs. 389-444; Hahner, June: *Women in Latin American History*, Los Angeles, 1980; Gonzalbo Aizpuru, Pilar: *Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana*, Sep Cultura, Ediciones El Caballito, México, 1987, y *Género, familia y mentalidades en América Latina*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico, 1997; Pumar Martínez, Carmen: *Españolas en Indias. Mujeres-soldados, adelantadas y gobernadoras*, Ed. Anaya, Madrid, 1988; O’Sullivan-Beare, Nancy: *Las mujeres de los conquistadores. La mujer española en los comienzos de la colonización americana*, Ed. Compañía Bibliográfica Española S.A., Madrid, s.f.; Muriel, Josefina: *Cultura femenina novohispana*, UNAM, México, 1982, y *Las mujeres en Hispanoamérica. Época colonial*, Ed. Mapfre, Madrid, 1992; Menéndez, Susana y Potthast, Barbara (coords.): “Mujer y familia en América Latina, siglos XVIII-XX”, *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, n° 4, Málaga, 1996.

2 Una buena panorámica sobre el tema de la mujer en los escritores de esta época en Vigil, Mariló: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1986.

3 Hace algunos años, se desarrolló en el Centre de Recherches Historiques un seminario interdisciplinar sobre la mujer en el que se debatieron temas historiográficos y metodológicos y se llegó a la conclusión del influyente papel de la mujer en la historia. Un resumen de sus resultados puede verse en la revista *Historia social*, n° 9, Instituto de Historia Social, Valencia 1991, págs. 79-101. Este artículo apareció originalmente en francés en *Annales*, 1986, n° 2, págs. 271-293. Véase también Sánchez Ortega, Elena: “La mujer en el antiguo régimen. Tipos históricos y arquetipos literarios”, en *Nuevas perspectivas...*, tomo I, págs. 107-126; Muriel: *Las mujeres en Hispanoamérica...*; Ródenas Martínez, Susana y Vicent Colonques, María: “La cultura escrita y la mujer: modelos de participación y exclusión en la vida pública”, en *La voz del silencio (siglos VII-XVIII)*, Ed. de Cristina Segura Raino, Madrid, 1992, págs. 17-29, y Perry, Mary Elizabeth: *Ni espada rota ni mujer que trota. Mujer y desorden social en la Sevilla del Siglo de Oro*, Ed. Crítica, Barcelona, 1993.

4 Algunos de estos temas están esbozados en Domínguez Ortiz, Antonio: “La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Moderna”, en *Las mujeres en las ciudades...*, págs. 171-178, y también Vila Vilar, Enriqueta: “La mujer en la Sevilla americana”, *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, t. XXV, 1997, págs. 43-67.

constituye un ejemplo que bien pudiera considerarse arquetípico. De ahí el interés por su figura destacada en el seno de una familia de emigrantes a América, los Almonte, sobre los que hace unos años los redactores de estas líneas escribieron un pequeño trabajo y, recientemente, una monografía,⁵ en la que su protagonismo queda un tanto diluido. Parecía, por tanto, interesante dar a conocer algunos perfiles de su vida en toda su dimensión, por múltiples motivos: por su dilatada existencia –falleció casi octogenaria–; por la importancia de sus parientes más cercanos, instalados en las altas instancias de la administración virreinal; por los rasgos de su temperamento –en el lapso de un par de meses y hasta de un día a otro delega poderes en un mandatario y los revoca–; por su figuración social como cabeza mayor de una esclarecida descendencia; por la sólida posición económica que supo granjearse; por su fidelidad para mantener activa la comunicación comercial con la cúpula del imperio de los Almonte asentada en Sevilla, y, por supuesto, por sus dotes de gobierno familiar. Situaciones todas que la convierten en el prototipo de las mujeres emigrantes que actuaron como transmisoras de la cultura material y doméstica hispana. Modelos económicos, estructuras sociales y familiares, vestimenta, modas, usos culinarios, adornos, etc., dependieron de ellas y fueron el alma de familias que mantuvieron sus formas de vida trasplantadas y a su vez adaptadas al nuevo mundo que las acogía.

Con muy pocos años debió salir Juana de Rojas de Granada, su tierra natal, de la mano de un padre leguleyo y pobre, que buscó Panamá como destino para encontrar fortuna. Ella misma declara en su testamento no haber podido llevar dote a su primer matrimonio con Melchor García de Robledo, un adinerado hidalgo sevillano con el que estuvo casada apenas cuatro años:

...yo no tenía bienes porque los dichos mis padres estaban pobres y no llevé bienes porque el dicho mi padre se sustentaba con la abogacía, que por mi calidad el dicho Melchor García de Robledo me pidió por mujer y tuvo efecto el matrimonio y me mandó en arras tres mil pesos...⁶

5 Lohmann Villena, Guillermo y Vila Vilar, Enriqueta: “La emigración familiar a América: Los Almonte”, en *Familias Iberoamericanas. Historia, identidad y conflictos*, El Colegio de México, México, 2001, y Vila Vilar, Enriqueta y Lohmann Villena, Guillermo: *Familia, linajes y negocios entre Sevilla y las Indias. Los Almontes*, Ed. Mapfre-Tavera, Madrid, 2003.

6 Primer testamento de Juana de Rojas. Lima 18 de septiembre de 1647. Archivo General de la Nación, Perú [en adelante AGNP], Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1654 (903), fls.100-111.

Es su primera forma de actuar para la transformación de la familia. Su boda, siendo aún muy joven,⁷ sacaría a sus padres de apuros económicos al convertirse en la esposa de un hombre que cambió su vida y del que tuvo dos hijos: Leonor y Pedro Pablo, que murió siendo niño.⁸ Su situación se había modificado notablemente. Viuda joven, dueña de una saneada fortuna, estaba en condiciones de elegir otro buen partido. Y fue lo que hizo al contraer matrimonio en 1592 con Juan de la Fuente Almonte, también emigrante sevillano, que ya descollaba en el mundo de los negocios panameños. Un mundo de múltiples oportunidades que los nuevos esposos supieron aprovechar. Se instalaron en “casa poblada...con su mujer e hijos tratándose lustrosamente y sustentando armas y caballos como uno de los vecinos honrados de quien se ha hecho y hace mucha cuenta en esta república ocupándose ordinariamente en componer discordias y pleitos entre los demás y socorrer a personas miserables”.⁹

Como suele ocurrir, la brillante trayectoria del capitán Juan de la Fuente Almonte en Panamá¹⁰ eclipsó la actuación de Juana, que concibió y dio a luz en esos años a cinco hijos, gobernó su casa en las frecuentes ausencias de su marido, educó a su prole y se afanó en conseguirle bodas ventajosas y posiciones destacadas en la sociedad. En efecto, fue progenitora de dos personalidades muy estimables: su hijo Juan, aventajado comerciante y edil del cabildo panameño, casado con una rica dama peruana, Catalina Sedeño de Contreras, y su hijo Hernando, que después de comenzar la carrera comercial llegó a ser corregidor en dos partidos de la Audiencia de los Charcas, casó con Magdalena de Vera y Agurto, heredera también de una considerable fortuna y fue padre del general Juan Lucas de la Fuente, santiaguista. Igualmente notable fue la situación que ocuparon cuatro de sus hijas: Leonor de Robledo, hija de su primer matrimonio, que había casado con su medio pariente Francisco de Almonte y con el que tuvo

7 Al quedar viuda, después de cuatro años de matrimonio, no pudo entrar en posesión de la fortuna de su marido por ser menor de edad. Ella misma vuelve a declarar en su testamento que “...cuando el dicho mi marido falleció, quedaron algunos bienes y todos quedaron en poder de Alonso Hernández de Córdoba, vecino de Panamá que fue su albacea y tenedor de los bienes del dicho mi marido, y se me adjudicaron los dichos bienes dotales, arras y bienes gananciales y todo ello entró en poder de mi curador porque entonces era menor, como parece por los autos que cerca de ello se hicieron...” (Ibídem). En total heredó la nada despreciable cantidad de 14.471 pesos.

8 Sobre Melchor García de Robledo ver Vila Vilar y Lohmann Villena: *Familia, linajes y negocios...*, págs. 35-36.

9 Así se expresaban las autoridades y vecinos panameños en una información que presentó ante el Consejo de Indias Juan de la Fuente Almonte para solicitar una pensión de 4.000 ducados. Archivo General de Indias [en adelante AGI], Panamá, 63 A, n° 14.

10 Ver Vila Vilar y Lohmann Villena: *Familia, linajes y negocios...*, págs. 34 y ss.

una dilatada sucesión, y también las habidas en su segundo matrimonio, a las que acertó a acomodar muy lucidamente con sujetos de estofa: Inés, esposa del licenciado Enríquez, que fue fiscal en la Audiencia de Lima desde 1618 y luego oidor desde 1631 hasta 1638; Bárbara, consorte del licenciado Quijano de Heredia, quien tras haber sido ministro en la Audiencia de Panamá –plaza de la que fue destituido al casarse con ella, por tratarse de una lugareña– llegó a ocupar en la Audiencia de Lima una de las alcaldías de Corte, y finalmente Francisca, que diera su mano a un conspicuo hombre de letras, Mogrovejo de la Cerda. En verdad, pocas veces se habrá visto concentrado en una sola persona tamaño ascendiente dentro de un organismo corporativo, y por ende, sobre toda la colectividad en el ámbito virreinal coetáneo.¹¹

Tras el fallecimiento de su segundo cónyuge, con una espléndida posición social, doña Juana de Rojas creyó llegada la hora de actuar por su cuenta y optó por establecerse en el núcleo capital del Virreinato. En Lima residían ya la mayoría de sus hijos y en ella encontraría más posibilidades para sus proyectos empresariales.

El desplazamiento debió de tener efecto a principios de 1632. En 28 de mayo de 1629 su hijo Hernando, residente en Lima, le confiere poder para diligenciar cobros en Panamá.¹² En esa misma plaza Juan de Biergol¹³ reconoce, en 2 de octubre de 1630, hallarse deudor a Juan de la Fuente y Rojas de la cantidad de 500 pesos, pagadera a doña Juana de Rojas,¹⁴ y todavía en 30 de mayo de 1631 seguía en la citada localidad, pues en esta última fecha sus hijos Juan y Hernando, al otorgar un poder al alcalde de Panamá, Juan Fernández de Madrid, expresan que las escrituras y recaudos que acreditaban sus derechos los tenía en custodia su madre.¹⁵

La primera constancia notarial de su presencia en Lima se remonta al 5 de julio de 1632, en que Blas Martín de Mora le traspasa por 600 pesos un mulato esclavo, Nicolás, criollo de Ica.¹⁶ Compra y venta de esclavos en pequeñas cantidades que marcarían toda la vida limeña de doña Juana. En efecto, rasgos de su vida empresarial van frecuentemente ligados a compra

11 Todo el tema de la descendencia de Juana de Rojas se encuentra bastante pormenorizado en *Ibíd.*, cap. II.

12 AGNP, Protocolos de Juan de Zamudio, 1629 (2043), folio corroído.

13 Cfr. Lohmann Villena, Guillermo: *Inquisidores, virreyes y disidente*, Ed. Congreso del Perú, Lima, 1999, págs. 33-34.

14 AGNP, Protocolos de Juan de Zamudio, 1631 (2046), fl. 1751.

15 *Ibíd.*, (2045), fl. 661.

16 *Ibíd.*, Protocolos de Francisco Holguín, 1631-1632 (926), fl. 389.

y venta de esclavos. En 2 de julio de 1633 otorga poder a su hijo Hernando para exigir del capitán Francisco de Ben[...]¹⁷ y de su mujer, Melchora López, la cantidad de 308 pesos pactados en escritura extendida en Panamá, en 3 de febrero del año anterior, así como para vender una esclava; en la misma fecha encarga a su hija Bárbara, a punto de embarcarse con destino a Panamá, recoger en esa plaza dos esclavos con sendas criaturas y remitirlos consignados a la comitente al Callao. Finalmente, determina que Juan de la Fuente Almonte, a quien había hecho llegar por mano de Pedro de Atienza y de Juan Bautista de Mena “cantidad de plata” –expresión que recoge la verbal de la comisionista–, más algunas libranzas y órdenes de pago, que de todo ello “quiero y es mi voluntad que no pague a ninguna persona” lo expresado en las aludidas libranzas y en cartas privadas. Revoca y declara de ningún valor ni efecto el contenido de todas ellas, excepto el de una libranza a favor de doña Elvira Verdugo por un monto de 1.500 pesos, de cuyo importe había transferido una parte para diversas pretensiones, que al no haber alcanzado feliz éxito pasaría a engrosar ese remanente; el saldo acumulado se invertiría en el mercado hispalense en la compra de mercaderías y géneros variados, para su subsiguiente remisión al Perú a costa y riesgo de la libradora.¹⁸

En 8 de mayo de 1634 su hijo Hernando, en nombre del capitán Francisco de Almonte, vecino de Panamá, y con arreglo a un poder otorgado, el 14 de febrero anterior en aquella ciudad, a favor de su suegra, del propio Hernando y del presbítero Juan Domonte, vende dos negros en 1.200 pesos. En la misma fecha, madre e hijo traspasan a Juan Arias de Valencia, hombre de la confianza de Juan de la Fuente Almonte,¹⁹ otra pareja de esclavos, distinta de los anteriores, en 950 pesos.²⁰ En 10 de diciembre siguiente Juana de Rojas arrienda por dos años a Pedro Lago la tienda de pulpería situada en la esquina de su residencia –actual calle de Ormeño. El alquiler se ajustó en la anualidad de 120 pesos.²¹

17 Incompleto por estar quemado por la tinta.

18 *Ibíd.*, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1633 (866), fls. 1084v, 1086 y 1087. Se registra al margen de la escritura constancia de que Fuente Almonte cumplió satisfactoriamente la comisión. Doña Elvira Verdugo era la viuda del capitán Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, el dramaturgo elogiado por Cervantes. Cfr. Lohmann Villena, Guillermo: *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1945, págs. 27-37.

19 Sobre Arias de Valencia hay abundantes noticias en Vila Vilar y Lohmann Villena: *Familia, linajes y negocios...*, y en Lohmann Villena, Guillermo: *Los regidores perpetuos del Cabildo de Lima*, Diputación Provincial, Sevilla, 1983, págs. 46-48.

20 AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1634 (867), fls. 531, 534v y 538.

21 *Ibíd.*, fl. 1313v.

En 7 de julio siguiente otorga poder al procurador Alonso Gómez de la Montaña; siete días más tarde adquiere de Micaela Sánchez una carroza, sin tiro de mulas, que había pertenecido a Antonio Díaz; la transacción se ajustó en 720 pesos, de cuya cantidad la vendedora percibió 315 pesos en el acto, y el saldo quedó debiéndose a la primitiva propietaria del vehículo. En 12 de agosto el presbítero licenciado Miguel Montero de Espinosa le cede por 600 pesos un esclavo, y a su vez ella le transfiere, por 350 pesos, un negrito de 12 años. Por último, en 22 de diciembre se aviene a servir de fiadora de la venta de un esclavo de su nieto, el doctor Juan Domonte y Robledo, según poder escriturado por la madre de este último, Leonor de Robledo.²²

En 19 de febrero de 1636 traspasa a Miguel de Rojas, por 525 pesos, una esclava con su hija; en 20 de junio siguiente arrienda a Francisca de Cuéllar, por 300 pesos anuales, una casa contigua a la de su morada, y en 18 de noviembre la arrendataria le cede acción para cobrar de Antonio López de Quiroga una partida de 250 pesos adeudados por el alquiler del inmueble.²³ En 13 de julio de 1638 confiere poder al licenciado Diego Hernández de San Agustín, comisario de la Inquisición en Ica, para vender el esclavo mulato adquirido en 1632, y en 26 de noviembre escritura un poder especial a Hernando Maldonado para recobrar de las autoridades de Cañete un esclavo, oficial de zapatero, que había huido, y aprehendido en esa localidad.²⁴

En 15 de marzo de 1639, como albacea de su hija Francisca, extiende recibo a su hijo Hernando por la cuantía de 400 pesos que había cobrado por cuenta de la finada; en 4 de mayo escritura un poder al procurador Juan Guedeja Quiroga, comisión que revoca en 6 de julio para concederla a José Núñez de Prado; en 7 del mismo mes pone en manos de su hijo Hernando la cantidad de 7.125 pesos expresada en escrituras, libranzas, valor de un esclavo y dinero efectivo, en concepto de la legítima paterna que le correspondía; en 29 siguiente escritura un poder a su hija Leonor, a la sazón residente en Panamá, y en 1 de septiembre traspasa, por 450 pesos, una esclava a Ana López de la Peña; la sierva debía de ser propiedad de su hija Bárbara, pues ésta ratificaría la operación de compraventa en 28 de mayo de 1641 y se da por satisfecha de los 450 pesos.²⁵ Todavía, en 8 de agosto de 1645

22 Ibídem, 1635 (869), fl. 1703v.

23 Ibídem, 1636 (870), fl. 197, y (871), fls. 1141 y 1806.

24 Ibídem, 1638 (875), fls. 1038 y 1979v.

25 Ibídem, 1638-1639 (876), fls. 221, 377, 404, 844 y 952, y 1639 (877), fl. 1024, y 1641 (880), fl. 491.

Juana de Rojas suscribe un poder a Francisco Martínez de Castro, para recabar de quién y dónde estuviere un negro, Rafael, criollo, fugitivo en Panamá.²⁶ Ella misma, en su primer testamento redactado en 1647, confiesa tener 11 esclavos de su propiedad, a algunos de los cuales liberó.²⁷

Como se ha podido ver a través de esta maraña de escrituras y poderes en los que Juana de Rojas interviene continuamente en el tema de los esclavos, aparecen ya los rasgos de lo que sería su proceder de sus años en Perú: dueña de varios inmuebles que arrendaría con frecuencia, relaciones constantes con personajes de su propia familia, envío intermitente de plata a la Península y su afición constante por los coches de los que en 1647 disfrutaba de dos, que ella describe de forma escueta como “dos coches, el uno pequeño y el otro grande y con sus mulas”.²⁸

Juana de Rojas se había instalado en Lima en una magnífica casa con huerta que salía a la calle de Belén y dos delanteras más a las calles de Juan Simón y Ormeño, frente al convento de la Encarnación. Poseía hasta un total de siete inmuebles y algunas tiendas, todas lindantes unas con otras, delante de las cuales había instalado cuatro cruces con linternas que mantenía siempre encendidas y que pretendía que a su muerte las alimentaran dos de sus esclavos a cambio de su liberación.²⁹ Como toda persona de prestancia, su casa estaba llena de colgaduras, sólidos muebles, plata labrada y poseía numerosas joyas. Imagen perfecta de una mujer adinerada, pero de una mujer que no despreciaba el trabajo ni los negocios, como se ha visto.

26 Ibídem, Protocolos de Juan de Miranda, 1642-1645 (1129), fls. 362 y 372.

27 Ibídem, Protocolos de Bautista de Herrera, 1654 (903), fls. 100-111. Testamento de Juana de Rojas. Enumera a sus esclavos de la forma siguiente: “Esclavos: Item hay Isabel Angola con tres hijos nacidos, Lorenzo criollo de dieciocho años, Antonio de diez años y Bernabé de nueve años.

Item un mulato nombrado Mateo de doce años.

Item otro negro nombrado Gaspar Congo.

Item Simón de tierra congo que hace esteras.

Item Rafael oficial de zapatero.

Item Antonio negro criollo.

Item Domingo criollo.

Item Pascuala negra.

Item Francisca criolla de Panamá”.

28 Ibídem. Sobre la función social de los coches en la época y sobre la afición de Juana a ellos véase Vila Vilar y Lohmann Villena: *Familia, linajes y negocios...*, págs. 61-62.

29 Ibídem.

Sus dotes de empresaria fueron bastante más dilatadas. Es frecuente encontrarla tanto en operaciones comerciales como financieras³⁰ y se sabe que participaba en negocios de minería. Así, por ejemplo, en 3 de marzo de 1643 personalmente, junto con Juan de Aldama, de menester minero, su hijo Hernando y su esposa, Petronila de Vera y Agurto, y como fiador el contador mayor del Tribunal de Cuentas Hernando Bravo de Lagunas, suscriben el reconocimiento a favor de Antolín de Reinoso de la suma de 1.127 pesos que había puesto a su disposición, acaso para emprender solidariamente el laboreo de la pertenencia de Aldama; en la misma fecha Juana de Rojas suscribe un resguardo, admitiendo en la operación, en calidad de garante, a Bravo de Lagunas, al tiempo de eximirle de toda responsabilidad económica y tomando sobre sí cualquier imposición emergente; reitera que el presunto avalista nada tenía que lastar; por último, los cónyuges Hernando-Petronila asumen cualesquier cargas y gravámenes y liberan a su madre y suegra, respectivamente, de toda obligación.³¹ Por otra parte, cui-

30 En 22 de mayo de 1635 Juana de Rojas se compromete a devolver la cantidad de 654 pesos que le prestaron Andrés de Pesquera y José de Cobos; en 31 del mismo mes confiere poder especial a su hijo Hernando, a punto de embarcarse con destino a Panamá, para cobrar en esa plaza de Pedro de Alarcón el Viejo y de su hijo, el Mozo, alcalde mayor de Panamá, o de cualesquiera dueños de navíos, encomenderos (= comisionistas) o agentes de los galeones reales, una consignación de mercaderías que desde Sevilla le remitía Juan de la Fuente Almonte; en la delegación se incluía poder para cobrar asimismo de los Alarcón una partida de 500 pesos. (AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1635 (868), fl. 833). En 13 de marzo de 1637, en nombre de su hija Bárbara y por poder otorgado por ésta en 10 de junio de 1634, liquida con el ya mencionado Juan de Biergol 400 pesos que debía a la poderdante, según escritura labrada en Panamá en 11 de diciembre de 1631; en 4 del mes siguiente se compromete a reembolsar a Francisco López Vélez un préstamo ascendente a 2.750 pesos (cancelado en 14 de septiembre); en 12 del mismo mes el regidor de Lima Juan Sánchez de León reconoce haber recibido de Juana de Rojas una habilitación de 513 pesos, redimible en marzo de 1638; el mismo día Sánchez de León le extiende recibo por la suma de 500 pesos, importe de una partida de ladrillos y adobes proporcionados para una reparación; en 26 de mayo confiere poder especial a Juan de Berastain, dispuesto a embarcarse con destino a Panamá, para recabar de los nombrados Alarcón, padre e hijo, unas marquetas de cera que permanecían en su poder de un envío de Juan de la Fuente Almonte, y en 16 de octubre renueva por dos años el arrendamiento de la pulpería a Pedro Lago, a razón de diez pesos pagaderos mensualmente. (Ibíd., 1637 (872), fls. 229, 473, 528v, 530 y 676, y (873), fl. 1493).

31 Ibíd., 1643 (884), fls. 244, 246 y 247. No se puede pasar por alto la intervención en este acto del contador mayor Bravo de Lagunas, pues éste, en escritura de 9 de julio de 1643, había declarado que Juan y Hernando de la Fuente Almonte eran sus primos (Ibíd., (885), fl. 850v). El contador era natural de Sevilla, en cuya iglesia del Salvador había sido bautizado, en 15 de marzo de 1589, como hijo del licenciado Antonio Bravo de Lagunas y de Catalina de la Barrera. Se cruzó de calatravo. En la milicia llegó al grado de maestre de campo. En 12 de marzo de 1630 el virrey conde de Chinchón le agració con el cargo de corregidor de Piura; en 14 de febrero de 1633 asumió interinamente la tesorería de las Cajas Reales de Lima, y en 18 de setiembre de 1638 fue promovido al citado cargo de Contador Mayor del Tribunal de Cuentas (Suardo, Juan Antonio: *Diario de Lima*, Ed. Concejo Provincial de Lima, Lima, 1936), tomo I, págs. 61 y 262, y tomo II, pág. 190). Contrajo matrimonio con Antonia Margarita de Vergara y Salinas; al tiempo de casarse con ella aportó un capital de bienes propios ascendente a 30.000 pesos. Escribió su testamento en 14 de noviembre de 1650; entre los albaceas designa al oidor Melchor Domonte (AGNP, Protocolos de Marcelo Antonio de Figueroa, 1650 (606), fl. 2499).

daba personalmente sus rentas inmobiliarias y es frecuente descubrirla arrendando sus propiedades.³²

En 2 de mayo de 1647, con el propósito de que al faltar ella no surgiesen litigios y controversias entre sus hijos y nietos, decide revocar el contenido de todas las escrituras de mercedes y donaciones extendidas hasta ese día, ya en Panamá, ya en Lima,³³ y en 18 de septiembre del citado año, “asentada en su estrado”, alcanzaba a su notario de confianza, Zamudio, un pliego cerrado y lacrado, que contenía su testamento, el primero. En él, a renglón seguido de la protestación de fe y cumplir con los encargos de estilo en esa clase de disposiciones de última voluntad, señalaba como lugar de enterramiento la bóveda situada debajo del altar mayor de la iglesia de San Francisco, en la capilla dedicada al Venerable Fray Francisco Solano,³⁴ amortajada con el hábito de la orden. Para hermostear el recinto cedía un crucifijo de una vara de alto, una lámpara de plata, unos candelabros, un misal con cubiertas de plata, varios utensilios más de celebrar misa y una alfombra de 3m. de largo por 2.40m. de ancho.

Tener un enterramiento propio en una iglesia era signo de nobleza tanto en España como en las Indias, de forma que muchas familias han quedado vinculadas a ellas durante siglos. Tal y como correspondía a una persona de su calidad y fortuna, se ocupa de su entierro y de las misas a celebrar tras su fallecimiento, aunque los detalles los deja en manos de sus albaceas. Entierros, misas y su seguro –como era la fundación de capellanías–, legados, limosnas y obras pías de todo tipo, cobraban una gran importancia en la última hora y preocupaban a los individuos durante toda su vida. Los testamentos están llenos de recomendaciones sobre todas estas materias, reflejan los linajes y la vida afectiva de las familias y son un testigo perfecto de

32 En 3 de abril de 1640 alquila, por un lapso de seis años y a razón de 120 pesos anuales, a Gabriel de Espinosa, “tratante en pulpería”, la tienda de la esquina de su residencia; en 6 de junio siguiente da en locación a Bernardo Jiménez Dorado, a razón de siete pesos mensuales, una casa pequeña sita en la esquina frontera a la recolección de Belén, y en 17 de agosto revoca el poder dispensado un año atrás a Núñez de Prado, y vuelve a concederlo a Guedeja Quiroga; al día siguiente revoca la facultad a este último ante el mismo escribano (pero con otros testigos) y de nuevo lo otorga a Núñez de Prado (AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1640 (878), fls. 358v, y (879), fls. 937, 1158 y 1240). En 14 del mismo mes extiende recibo a Gabriel de Espinosa por 240 pesos, correspondientes a dos años (1640/1641) del arrendamiento de la pulpería, y en 5 de noviembre de 1642 Gabriel de Espinosa pone en sus manos 120 pesos, correspondientes a la anualidad corriente (AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1642 (883), fl. 1513).

33 AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1647 (892), fl. 641.

34 Cfr. Córdova Salinas, fr. Diego de: *Crónica franciscana*, Lima, 1651, lib. III, cap. VII. De esta obra existe una edición de Lino Gómez Canedo con el título de *Crónica Franciscana de las provincias del Perú*, Academy of American Franciscan history, Washington, 1957.

la actitud del hombre y de la mujer ante la muerte desde la época bajomedieval hasta el fin del Antiguo Régimen; actitud que llega hasta la exageración en el periodo barroco.³⁵

Como ejemplo de lo anteriormente dicho, Juana de Rojas perpetuaba a continuación su linaje enumerando a los hijos habidos en sus dos matrimonios. No olvidó consignar que, al pasar a segundas nupcias, llevó 3.000 pesos provenientes de las arras que le señalara su primer cónyuge, García de Almonte, más los gananciales, ascendentes a 14.471 pesos, que guardaba en su poder. Todo ello constaba en instrumento labrado en Panamá en 22 de noviembre de 1592. Cuidó de advertir que a su hijo Hernando le había ya adelantado la legítima correspondiente a su herencia paterna, a la cual había añadido posteriormente mercedes hasta un monto estimado en 25.000 pesos, incluyendo unas cadenas de oro y dos candelabros. Tuvo asimismo la precaución de especificar que al llegar a Lima su nieto Melchor Domonte, para ocupar una plaza en la Audiencia, había juzgado propio de su dignidad cederle una carroza para sus desplazamientos en la capital del Virreinato.

Muy a tono con su espíritu de previsión, indica que Juan de la Fuente Almonte le había enviado “cantidad de hacienda con dineros míos” en diferentes oportunidades, y en este mismo orden formula un recuento de su patrimonio, tanto en inmuebles como en plata labrada, joyas, enseres domésticos y otros bienes. Mejoraba en apreciable proporción a sus nietas Josefa y Leonor, acogidas en Sevilla en la morada de su hermano Diego, a fin de que lograsen tomar estado.

Tampoco podía faltar la institución de una capellanía, en este caso colativa de misas, en sufragio de las almas de sus esposos difuntos; el capital inicial destinado a este fin piadoso ascendía a 4.000 pesos. Para servirla nombró en primer lugar a su nieto Juan –hijo de Hernando– y en segundo término a su bisnieto Hernando, nieto a su vez de Juana de Rojas. Era muy

35 Es muy curiosa la obra de Juan de la Ripia: *Práctica de testamentos y modos de suceder*, Madrid, 1755. Como estudios recientes podemos citar los de Reder Gadow, Marión: *Morir en Málaga: Testamentos malagueños del siglo XVIII*, Universidad de Málaga, Málaga, 1986; Rivas Álvarez, J., Antonio: *Miedo y piedad: Testamentos sevillanos del Siglo XVIII*, Diputación Provincial, Sevilla, 1986; Bejarano Rubio, Amparo: *El hombre y la muerte. Los testamentos murcianos bajomedievales*, Ayuntamiento de Cartagena, Cartagena, 1990; Figueroa Navarro, Alfredo: *Testamento y sociedad en el istmo de Panamá: siglos XVIII y XIX*, Ed. Roysa, Panamá, 1991; Palacios, Amelina Albertina: *Camino al Cielo: preferencias testamentarias de mujeres del siglo XVIII en Santiago de Guatemala*, edición de la autora, Guatemala, 1991; Aranda Mendíaz, Manuel: *El hombre del siglo XVIII en Gran Canaria: El testamento como fuente de investigación histórico-jurídico*, Universidad de las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1993. Un reciente y magnífico trabajo sobre testamentos es el de Zártegui Toscano, Verónica: *Los nobles ante la muerte en México*, El Colegio de México, México, 2000.

frecuente en España y en las Indias que se dedicaran a capellanías capitales más o menos cuantiosos. En muchas ocasiones se trataba de dejar vinculado un capital que no era suficiente para fundar un mayorazgo, y que sería administrado por algún miembro de la familia en calidad de patrono. La sucesión de este patronazgo, si el fundador no disponía lo contrario, se instituía del mismo modo que en los mayorazgos: prefiriendo siempre el varón a la hembra y el mayor al menor. Si se trataba de una capellanía de misas que aseguraran sufragios seculares para su fundador, se nombraba un capellán, normalmente también de la familia. Estas últimas se fundaban generalmente antes de la muerte o se dejaban instituidas en los testamentos como una forma de asegurarse la salvación eterna. Pero todas las capellanías tenían también una función rentista, económica y social.³⁶

Juana señaló como albaceas de su testamento al presbítero licenciado Juan Arias de Valencia –ya mencionado como allegado a Juan de la Fuente Almonte y que al enviudar se ordenó–, al tesorero Juan Martínez de Uceda y a su nieto Melchor Domonte.³⁷ En el curso de 1650, sintiendo que se acercaba el término de su existencia, procedió a formalizar nuevas expresiones testamentarias. En 28 de agosto escritura un segundo testamento, que dejó en poder del canónigo metropolitano de Lima, licenciado Diego de Córdoba Sotomayor. En este instrumento reiteró su deseo de recibir sepultura en el templo de los franciscanos, para el cual destina la casulla y el cáliz que tenía

36 No existe demasiada bibliografía sobre capellanías, aunque sí algunos trabajos muy completos e interesantes. Quien se ha ocupado de ellas con profundidad es Gisela von Wobeser en varios de sus trabajos: “Las fundaciones piadosas como fuente de crédito en la época colonial”, *Historia Mexicana*, vol. 38, abril-junio de 1989, págs. 779-792; “Las capellanías de misas: su función religiosa, social y económica en Nueva España”, en *Cofradías, capellanías y obras pías en la América Colonial*, UNAM, México 1998, págs. 119-130, y *Vida eterna y preocupaciones terrenales. Las capellanías de misas en la Nueva España, 1700-1821*, UNAM, México, 1999. Es clásico el artículo de Arnold Bauer: “The Church in the Economy of Spanish América. Censos and Depósitos in the eighteenth and the nineteenth Centuries”, *Hispanic American Historical Review*, n° 63 (4), 1983, págs. 707-733. Véase también Schwaler, J. F.: *Origins of Church Wealth in Mexico. Ecclesiastical Revenues and Church Finances. 1523-1600*, University of New México, Albuquerque, 1985; Lavaggi, Abelardo: *Las capellanías en Argentina. Estudio histórico-jurídico*, Instituto de Estudios Jurídicos y Sociales, Buenos Aires, 1992. En España se han publicado varios trabajos sobre este tema. Ver Ortiz de la Tabla, L. Javier: “Emigración a Indias y fundación de capellanías en Guadalcanal, siglos XVI y XVII”, separata de *Andalucía y América*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla 1982, y García- Abasolo, Antonio: “Inversiones indianas en Córdoba. Capellanías y patronatos como entidades financieras”, Separata de las II Jornadas de *Andalucía y América*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1984.

37 AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1654 (903), fl. 100. Es de advertir que este instrumento sólo llegaría a conocerse en 27 de enero de 1654 –al cabo de tres años de haber muerto la testadora, cuando el procurador Fernando de Sotomayor lo halló ocasionalmente revolviendo papeles de la sucesión.

en su oratorio³⁸. En 30 de noviembre, mediante un codicilo, puntualizó algunos extremos de las precedentes disposiciones. En primer término, modifica el lugar de su enterramiento, que será la bóveda principal de la iglesia de la recoleta mercedaria, sita frente a su residencia. Asimismo, ahorra a sus esclavos. A su nieto, el presbítero Antonio Domonte, lega 500 pesos, cuyo importe le sería facilitado por su hermano Melchor en la medida de sus necesidades. Igualmente lega a su nieta Juana una de las casas contiguas a la residencia principal, en la esquina frente al convento de Belén, con parte de la huerta contigua. Para el alumbrado de las cruces adosadas al monasterio de la Encarnación imponía a censo un capital de 1.000 pesos, con cuyos réditos se costearían velas y linternas. Por último, en 14 de diciembre instituye una capellanía de misas, sustitutoria de la especificada en el testamento de 1647: ahora la dotaba con un fondo de 6.000 pesos, y con ella se atenderían los sufragios por las almas de sus dos maridos y de sus hijos ya muertos, Juan y Leonor.³⁹ Su vida se extinguió en 27 de enero de 1651, y conforme a sus últimos deseos fue sepultada en la iglesia de la recolección mercedaria, frente a su residencia.⁴⁰

El inventario de sus bienes se formalizó en 1º de febrero siguiente a solicitud de su nieto Melchor, en funciones de albacea. La relación incluye el inmueble principal y los accesorios, la plata labrada, los enseres del oratorio y del resto de la vivienda, ropa, joyas, esclavos, mobiliario, tres carrozas viejas y dos sillas de manos, cuadros y hasta “un reloj de horas con su caja”, otro que costó 30 pesos, etc.⁴¹

El proceso de la sucesión se desarrolló no sin tropiezos, según se deduce de la documentación a nuestro alcance. El trámite se vio complicado por el hallazgo, a deshora, del testamento cerrado otorgado en 1647, si bien ya antes de topar con él se habían suscitado algunas desavenencias. Prueba de ello es que el 6 de diciembre de 1652, su nieto Hernando de Almonte y Rojas, en aras de la concordia familiar, confiere poder al catedrático de la Universidad de San Marcos, doctor Alonso Coronado, y al letrado José Suárez de Figueroa, como árbitros y amigables componedores, y en la eventualidad de discordia, como dirimente, al doctor Pedro de Córdoba y Arbieto para zanjar los desacuerdos. No debieron éstos de solventarse, pues

38 Ibidem, 1651 (899), fl. 172.

39 Ibidem, 1650 (898), fls. 1683 y 1847.

40 Parroquia del Sagrario, Lima. Libro 4º de Defunciones (1651-1665), fl. 2v. AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1651 (899), fl. 171v, y 1654 (903), fl. 99v.

41 Inventario de Bienes de Juana de Rojas. AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1651 (899), fls. 453 y ss.

en 10 de marzo del año siguiente Melchor Domonte (en representación de sus hermanos Francisco, residente en Manila, y Hernando, vecino de Panamá), el presbítero Antonio Domonte a su turno actuando con arreglo al poder extendido ante Miguel de Burgos en Sevilla, en 5 de julio de 1646, por sus hermanos Diego, Josefa y Leonor, y finalmente Pedro Cortés de Monroy, hijo de Ana Domonte otorgaban conjuntamente poder especial al ya mencionado procurador Fernando de Sotomayor, para proseguir y fenecer el contencioso surgido en torno a la partición de la herencia de la abuela de los poderdantes.⁴²

En 5 de setiembre de 1656 se llegó a un acuerdo. En él quedó determinado que las respectivas porciones de Francisco Domonte, Fernando Domonte y Luis Domonte, que en total ascendían a la cantidad de 3.462 pesos, debido a su ausencia, se imputasen al inmueble que adquirió el capitán Juan de Castro, obligándose a satisfacer ese mismo día a Francisco y a Hernando 1.259 pesos a cada uno, y a Luis sólo 944, por haber recibido anteriormente 315 pesos.⁴³ En cuanto al predio principal, se sacó a remate a fin de distribuir su importe entre el resto de los herederos, y el albacea doctor Melchor Domonte, en razón de “la gran pro que resulta en favor de todos”, ofreció en 29 de noviembre de 1656, 21.000 pesos. Al procederse al remate, en 23 de enero de 1657, mejoró dicha oferta en 300 pesos Juan Barrial Morillo, que decía actuar en representación del capitán Juan de Castro (esposo de Juana Domonte), aunque en verdad lo hacía como testafarro del presbítero licenciado Pedro Cortés de Monroy, que le proporcionó la referida suma.⁴⁴ Las últimas noticias sobre el particular remiten a 1658 y 1659.⁴⁵

Fortuna repartida entre una amplia familia que Juana de Rojas, la niña granadina que un día llegó a Panamá, había procreado y ayudado a instalar

42 *Ibíd.*, 1652 (901), fl. 1246, y 1653 (902), fl. 218.

43 *Ibíd.*, 1659 (912), fl. 665. Escritura de 4 de junio de 1659.

44 *Ibíd.*, 1656 (908), fl. 1381, y 1657 (909), fls. 65, 101 y 106.

45 En 1º de febrero del año enunciado en primer término, el presbítero Antonio Domonte confirió poder al capitán Juan Martínez de Argüello para que en su nombre cobrase del capitán Juan de Castro la suma de 297 pesos, de la que resultaba deudor después del ajustamiento de su legítima y luego del remate ya aludido. En 17 de agosto del mismo año el repetido Antonio, en nombre de sus hermanos Diego, Josefa y Leonor –de conformidad con el ya citado mandato extendido en Sevilla en 5 de julio de 1646– otorga recibo a Pedro Cortés de Monroy de la cuantía de 3.176 pesos, saldo a su favor después del remate y correspondiente a sus legítimas respectivas, y finalmente, en 4 de junio de 1659, Hernando de la Fuente se da por satisfecho por la cantidad de 277 pesos que le tocaban de los 712 pesos procedidos de la última almoneda de los bienes de Juana de Rojas. AGNP, Protocolos de Juan Bautista de Herrera, 1658 (910), fl. 189v; (911), fl. 983, y 1659 (912), fl. 661.

en distintos lugares de Indias, España y Filipinas. Una mujer de carácter, que con su trabajo en el hogar y fuera de él contribuyó a dar vida a una estirpe criolla ennoblecida,⁴⁶ que no se materializó sólo en sus descendientes sino que también se plasmó en las actitudes, costumbres y formas de vida que se fueron imponiendo en un mundo que ella, y mujeres como ella, ayudaron a construir.

46 Su biznieto, Francisco Domonte y Robledo, fue marqués de Villamarín a principios del siglo XVIII. Véase Vila Vilar y Lohmann Villena: *Familia, negocio y linajes...*, cap. V y Apéndices.